

SAN PABLO 3

CARTA A LOS ROMANOS

1- EL HOMBRE ES JUSTIFICADO POR LA FE. (Rom. 3,27-31)

Y ahora, ¿dónde están nuestros títulos? Fueron echados fuera. ¿Quién los echó? ¿La ley que pedía obras? No, otra ley, que es la fe. Nosotros decimos esto: la persona es hecha justa por la fe y no por el cumplimiento de la Ley. De otra manera Dios sería solo Dios de los judíos. ¿No lo es también de las demás naciones? ¡Claro que también es Dios de estas naciones! Pues solamente Él es Dios, quien salva a causa de su fe al pueblo circuncidado y a los otros pueblos cuando llegan a la fe. ¿Creen ustedes que con la fe suprimimos la Ley? De ninguna manera; más bien la colocamos en su verdadero lugar.

Solamente quien tiene fe puede vivir una relación auténtica con Dios. La fe es el componente necesario para que la relación hombre-Dios sea verdadera y fructífera. Una relación así no puede existir si pensamos alimentarla solamente con nuestros recursos humanos éticos y religiosos. De esta forma el hombre que es un pecador no puede recibir otra cosa que el castigo de Dios; pues tratemos de no equivocarnos y de entender muy bien cuál es la esencia de la fe que debemos tener hacia Dios. Así como lo dijimos en nuestro segundo encuentro con Pablo, tener fe quiere decir confiar, y con Dios tenemos que confiar en el hecho objetivo de que Dios nos ama gratuitamente y manifiesta su justicia salvándonos por Cristo nuestro Señor. Y nos da el perdón que salva. El hombre no tiene que hacer otra cosa que acoger con fe la justicia de Dios que opera la salvación.

Pablo nos dice algo muy profundo y que a veces se mal interpreta: "*La persona es hecha justa por la fe y no por el cumplimiento de la ley*". Con estas palabras Pablo no quiere decir que sea suficiente tener fe para ser justificados; porque la fe tiene que darse junto con las obras, obras de caridad y no obras de la ley (las obras de la ley son la observancia de la ley), así como nos explicó anteriormente. En realidad Jesús dijo, ante de todo, que no vino para borrar la Ley sino para que se cumpla y por esto nos trajo un mandamiento nuevo que es la caridad. Pablo pues en su segunda carta a los Corintios, exalta la caridad y dice que el que obra con caridad nunca se equivoca frente a Dios. Entonces, tratemos de no confundirnos y confirmemos nuestra fe con las obras de caridad, mientras que las obras de la Ley aunque sean importantes porque son propedéuticas, no bastan para que seamos justificados.

Debemos tener presente que el hombre es creado en una unión sustancial de espíritu y de cuerpo por lo que cada acción está compuesta por una parte espiritual interior (pensamiento) que se concretiza en acciones materiales. Cada acción humana entonces, confirma su doble naturaleza: espiritual y carnal. Traduciendo según las palabras de Pablo: necesitamos de una fe profunda que se manifieste en acciones concretas de caridad. Así como Jesús expresó su amor hacia nosotros ofreciendo su vida.

Una vez más Pablo nos recuerda que Dios es Dios para todos y trata a todos de la misma forma sin distinciones, justificando a todos según la fe que tienen en Cristo que salva.

2. LA FE DE ABRAHAM. (Rm.4, 1-25)

Hablemos, pues, de Abraham, nuestro padre según la carne. ¿Qué fue lo novedoso en él? Abraham fue justo ante Dios, y si lo hubiera conseguido por sus obras, podría ostentar sus méritos, pero no los tiene ante Dios. En efecto, ¿Que dice la Escritura? Abraham creyó a Dios, quien se lo tomó en cuenta para hacerlo justo.

Cuando alguien ha realizado una obra de trabajo, no se le entrega el salario como un favor, sino como una deuda. Por el contrario, al que no puede presentar obras, pero cree en aquel que hace justos a los pecadores, se le toma en cuenta su fe para hacerlo justo. Así David felicita al que Dios cuenta entre los justos sin que sea el fruto de sus obras: "Felices aquellos cuyo pecados han sido perdonados, y cuyas ofensas han sido olvidadas. Feliz el hombre a quien Dios no le toma en cuenta su pecado.

Esta felicidad, ¿está reservada solo para los circuncidados o es también para los incircuncisos? Acabamos de decir que se tomó en cuenta la fe de Abraham para contarlos entre los justos. Pero ¿cuándo se dio eso: antes de circuncidarse o después? No después, sino antes. Justamente recibió el rito de la circuncisión, como un sello o como una señal de que por su fe Dios lo había puesto en un estado de justicia.

De manera que Abraham es el padre de todos los creen sin haber sido circuncidado, y Dios se lo toma en cuenta para hacerlos justos y santos. Y también es el padre del pueblo judío con tal que no se contenten con la circuncisión, sino que sigan además las huellas de nuestro padre Abraham, que creyó cuando todavía no estaba circuncidado.

Es fácil ver que si la promesa hecha a Abraham, o más bien a su descendencia, que el mundo le pertenecería, no era fruto de la Ley, sino de la nueva justicia que procura la fe. Si deberíamos cumplir la Ley para conseguir la promesa, la fe ya no tendría sentido y la promesa también se quedaría en nada. Pues la Ley solamente trae condena: Ley y transgresión van juntas.

Por eso la fe es el camino, y todo es don. De este modo la promesa de Abraham queda asegurada para toda su raza, no solo para sus hijos, según la Ley, sino también para aquellos que por la fe son hijos suyos.

Abraham es el padre de todos nosotros, como dice la Escritura: "Te hago padre de muchas naciones. Y llegó a serlo cuando creyó en aquel que da vida a los muertos y llama a existir a lo que no existe.

Abraham creyó y esperó contra toda esperanza, llegando a ser padre de muchas naciones, según le habían dicho: ¡Mira cuan numerosos serán tus descendientes! No vaciló en su fe, olvidando que su cuerpo ya no podía dar vida, tenía entonces unos cien años, y que su esposa Sara ya no podía tener hijos. No dudó de la promesa de Dios ni dejó de creer; por el contrario, su fe le dio fuerza y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que cuando Dios promete algo, tiene poder para cumplirlo. Y Dios tomó en cuenta esa fe para hacerlo justo.

Se le tomó en cuenta su fe. Estas palabras de la Escritura no solo van dirigidas a él, sino también a nosotros; se nos tomará en cuenta nuestra fe en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor. Si bien fue entregado por nuestros pecados, fue resucitado para que entráramos a la vida justa.

Pablo explica a los judíos que la fe de Abraham es anterior a la Ley de Moisés y con esto quiere decir que la fe es algo fundamental y universal mientras que la ley es una forma de religión propia de los judíos y que solo valía para un tiempo de la historia. Admirablemente Pablo se pregunta cómo Abraham llegó a ser amigo de Dios, ¿fue por la circuncisión o por la fe? Valdría también preguntar a un cristiano si cree más en Cristo o en el bautismo. La respuesta es muy clara: nos volvemos amigos de Dios cuando somos obedientes y creemos en sus promesas. El ritual del bautismo confirma el don de Dios en respuesta de nuestra fe.

Pablo para explicar claramente lo que quiere decir tener fe para ser justificados por Dios, refiere a la fe de Abraham que renunció a hacer planes para su futuro de forma personal y egoísta para aceptar, sin discutir, el plan de Dios que lo llevaba a una vocación universal. Abraham, en realidad, es una figura universalmente significativa por la fe y no por las obras. ¿Por qué esto? Porque como lo dijimos anteriormente, la verdadera fe hace que el hombre actúe según la voluntad de Dios. Dios le dijo a Abraham que dejara a su pueblo y a los suyos para ir hacia la tierra prometida y esto fue lo que Abraham hizo sin oponerse, confiando ciegamente en el Dios que tampoco conocía.

La humildad de Abraham quien se reconocía como criatura y por lo mismo con límites, frente a alguien que reconocía superior y digno de ser escuchado y que merecía confianza.

Quisiera quedarme en la humildad de este patriarca quien escucha y confía en un Dios que ni conoce y nos da el ejemplo de una fe enorme que hace esperar contra toda esperanza. Tal vez en nuestra cultura moderna se puede llegar a pensar que Abraham obedeció por ser ingenuo; cosa que a nosotros no nos pasaría. Es cierto, nunca pasaría, pero no por ingenuos sino porque somos egoístas y presumidos. Pensamos que somos los verdaderos árbitros de nuestra vida, los únicos capaces de tomar la mejor decisión. Y en este punto también, tenemos que agregar que no le tenemos confianza a Dios, un Dios que decimos conocer muy bien; y no desconocido como lo era para Abraham. No le tenemos confianza aun sabiendo que por amor dio su vida por nosotros y para nuestra salvación. ¿Qué excusa tenemos para no tener fe en El? ¡NO hay excusa!

¿Queremos volver a la ingenuidad de Abraham? Esta pregunta la puede hacer aquel que nunca ha pedido ayuda a Dios y por lo mismo no recibe respuesta. Cuando con una pizca de fe buscamos a Dios para que nos ayude a resolver lo que nosotros no podemos hacer, Dios nos contesta por medio de los hechos de la vida tocando nuestro corazón para que sintamos fuerte y claro que lo que nos sugiere es justo y necesario. Que quiere decir eso, ¿qué somos unos ingenuos? ¿O que finalmente entendimos que Dios está con nosotros y que no quiere otra cosa que ayudarnos? Abraham supo escuchar las palabras del Señor sin pecar de ingenuidad sino obedeciendo humildemente lo que Dios le hacía sentir en su corazón. La diferencia entre nuestra fe y la de Abraham es que Abraham supo escuchar a Dios. ¿Nosotros somos capaces de escuchar a Dios y sus sugerencias? ¡No! Nosotros solamente nos escuchamos a nosotros mismos y a veces escuchamos a aquellos que menos saben.

Tendremos que comenzar a entender que el Señor ve las cosas y las situaciones como El mismo las hace y como realmente son, mientras que nuestra visión de los hechos está completamente torcida por nuestros deseos y nuestras esperanzas. A los ojos de Dios, una fe que sabe superar los límites humanos de la incompreensión, es aquella que nos hace justos a sus ojos y que nos justifica. En realidad, la justicia de Dios es para todos aquellos que viven la fe del gran patriarca.

Abraham creyó en el Dios vivo que da la vida, un Dios creador que justifica y resucita, y estas son las tres etapas del mismo proyecto divino. Nosotros creemos en este mismo Dios que, por amor, nos llama desde la "NADA" al "SER", que vuelve justo al pecador y resucita a los muertos.

Aquel que acepta sin reservas a este Dios trae al mundo chispas de su presencia y de su poder.

3. RECONCILIADOS SOMOS SALVADOS. (Rm.5,1-11)

Por la fe, pues, hemos sido hechos justos y estamos en paz con Dios por medio de Jesús Cristo, nuestro Señor. Por El hemos tenido acceso a este estado de gracia e incluso hacemos alarde de esperar la misma gloria de Dios.

Incluso no nos acobardamos en las tribulaciones, sabiendo que la prueba ejercita la paciencia, que la paciencia nos hace madurar y que la madurez aviva la esperanza, la cual no quedará frustrada, pues ya se nos ha dado el Espíritu Santo, y por él, el amor de Dios se va derramando en nuestros corazones.

Fíjese como Cristo murió por los pecadores, cuando llegó el momento, en un tiempo en que éramos impotentes. Difícilmente aceptaríamos morir por una persona justa; tratándose de una buena persona, tal vez alguien se atrevería a sacrificar su vida. Pero Dios dejó constancia del amor que nos tiene: Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Con mucha más razón ahora nos salvará del castigo si, por su sangre, hemos sido hechos justos. Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con El por la muerte de su hijo; con mucha más razón ahora su vida será nuestra plenitud. No solo eso: nos sentiremos seguros de Dios gracias a Cristo Jesús, Nuestro Señor, por medio del cual hemos obtenido la reconciliación.

Decimos que Abraham es el progenitor de todos, entonces nosotros pertenecemos a una estirpe de hombres que consideran a Dios como un enemigo celoso de nuestra libertad. Tenemos que volver a nacer en la nueva estirpe de Cristo que considera a Dios como Padre y como amigo. Con Cristo, Dios opera nuestra liberación total, nuestra plena realización y nuestra definitiva felicidad y con eso nos considera verdaderamente hijos suyos. El bautismo cristiano permite este nuevo nacimiento y hace que el hombre viva en Cristo y por El en comunión con Dios. Pablo, bajo su experiencia personal, nos explica que el don que Dios nos da llevándonos hacia El cómo hijos, es más fuerte que cualquier ruptura del pecado. Los capítulos 5 y 6 de esta carta de Pablo describen la victoria de Dios sobre la rebeldía de los hombres. Se trata de páginas fundamentales para reflexionar sobre el origen del mal y el misterio de la vida nueva que Jesús Cristo nos regala.

Justificados por la fe en Cristo, reconciliados con Dios por su muerte, salvados por su vida, recibimos el don mesiánico por excelencia que es la paz, signo y adelanto del Reino de Dios. Este don tiene que crecer en cada fiel hasta la plenitud en la Gloria.

Por lo mismo Pablo nos invita a alabar por este don también en las tribulaciones que acompañan la vida de los justos y sobre todo la del apóstol, no solamente porque en Cristo encontramos la fuerza para no sucumbir, sino también la gracia de Dios, su amor derramado en nuestros corazones por su Espíritu Santo que manifiesta su fuerza en nuestra debilidad.

Pablo no separa la muerte de Cristo de su resurrección. La muerte es un hecho que le pertenece al pasado; en ella hemos sido reconciliados y esta es una realidad en la que ya entramos y a partir de esta, la vida del Resucitado influye continuamente en la vida nuestra hasta que lleguemos la plenitud de la salvación por medio de su redención.

Podemos decir que esta esperanza se ha vuelto una certeza. A diferencia de aquel pueblo del Antiguo Testamento que se había quedado permanentemente en una situación provisoria

esperando la verdad y la justicia definitiva. Nosotros ya la tenemos, si la aceptamos, la promesa de lo que viviremos plenamente porque el perfume de la divinidad fue derramado en nuestros corazones por la paz que Dios nos da cuando su Espíritu viene a nosotros.

Cuando por la gracia de Dios podemos captar la importancia del sacrificio de Cristo hecho por nosotros, llega a nosotros la conversión que nos hace desear pagar amor con amor.

¿Fue necesario que Cristo derramara su sangre para salvarnos? Debemos considerar que el pueblo del Antiguo Testamento conseguía el perdón de sus pecados por medio de víctimas sacrificiales. Sin embargo estos sacrificios ofrecidos en el Templo no tenían valor alguno sin la verdadera obediencia a Dios, como lo señalaban los profetas. Otros pensaban que los sufrimientos y las humillaciones de los justos servían para reconciliar el mundo con Dios, como es el caso del profeta Isaías. (Is.52,14).

Como vemos la muerte violenta y la sangre de Jesús derramada es parte de la cultura de aquellos tiempos. Lo cierto es que no podía ni puede ser parte de la voluntad de Dios, pero como hemos dicho, Dios del mal saca algo bueno y con la muerte violenta del Sumo Bien consigue un bien sumo para la salvación de la humanidad. Ahora nosotros tenemos que recordar las palabras de los antiguos profetas y pensar que la sangre de Cristo derramada por nuestra salvación la tenemos que honrar cumpliendo sus enseñanzas. Cristo cumplió con su parte hasta el final ahora nos toca a nosotros cumplir.